

WILLIAM MINTER

Política exterior de EE UU en África

Aún después del fin de la Guerra Fría, la política exterior estadounidense con respecto a África sigue rigiéndose por viejos prejuicios raciales y por intereses económicos. El autor aboga por una política exterior diferente, en la que se vuelvan prioritarios la resolución de conflictos, la democratización, el respeto a los derechos humanos, el desarrollo sostenible y la igualdad social. Esto exigiría una profunda revisión del papel de EE UU en el contexto mundial y respecto a las organizaciones internacionales.

Al igual que su predecesor, el nuevo secretario general de la ONU, Kofi Annan, es un diplomático del continente africano altamente cualificado. Pero el cambio orquestado unilateralmente por Estados Unidos en plena crisis de África Central, que exigía una atención urgente, no auguraba que los problemas del continente fueran a tomarse en serio. “Por desgracia, nuestras opiniones no han contado”, se lamentaba el presidente de Costa de Marfil, Henri Bedie. El jefe de la sección de internacional del *Washington Post*, Jim Hoagland, lo expresó con toda su crudeza: “Estados Unidos contribuyó enormemente a paralizar la actuación de Naciones Unidas (...) al permitir que los intentos revanchistas de expulsar al secretario general Boutros Boutros Ghali dominaran a la organización, mientras Zaire estallaba”.

Hubo cuestiones importantes que no se debatieron. La falta de una política exterior coherente de EE UU –excepto en aspectos como el aumento de las exportaciones y la inversión en mercados emergentes– ha hecho que las decisiones políticas de Washington dependan de viejos y nuevos prejuicios, a la vez que las respuestas puntuales a crisis concretas se han ido convirtiendo en la norma más que en la excepción. Esto plantea un problema especialmente grave para África, que depende de las instituciones multilaterales en mayor medida que otras regiones del planeta.

William Minter es investigador principal del Africa Policy Information Center, Washington.

Este artículo ha sido publicado en *Foreign Policy in Focus* (marzo de 1997) y es un extracto del libro *Global Focus: A New Foreign Policy Agenda 1997-1998*, recientemente publicado por IRC/IPC. Forma parte de una serie de estudios sobre diversas regiones del mundo y temas especializados publicados en *Foreign Policy in Focus*.

Traducción:
Marián Hens

Durante la época inmediatamente posterior a la independencia, desde 1960 a 1990, el continente negro era para EE UU fundamentalmente un escenario de enfrentamiento de las superpotencias. Hoy, la Guerra Fría ha terminado, pero su herencia pervive: Angola, Mozambique y gran parte del Cuerno de África siguen sembrados de minas. Y países que en otro tiempo estuvieron en el punto de mira de Washington, como Somalia, Sudán, Liberia, Angola y Zaire, hoy son Estados destruidos.

Las prioridades políticas de África durante la época poscolonial se centraron en la búsqueda de la independencia; primero, de las metrópolis europeas, después, de las minorías blancas que gobernaban en las regiones meridionales del continente. EE UU expresaba, de palabra, su apoyo a esa agenda africana, pero en la práctica la subordinaba repetidamente a los imperativos marcados por la Guerra Fría y a los intereses raciales. Pese a ello, durante un breve espacio de tiempo la lucha por la libertad surafricana y el impacto internacional del movimiento contrario al *apartheid* permitió imponer otras prioridades y logró arrancar a Washington sanciones contra el régimen surafricano, pese al veto del presidente Ronald Reagan.

Hoy en día, más allá de los eslóganes en favor de la democracia, los derechos humanos, el desarrollo, la desregulación de los mercados y demás “cosas buenas”, y aparte de los esfuerzos poco convincentes por encontrar amenazas suficientemente serias en los denominados “Estados terroristas”, no existe un marco sólido que justifique ni contextualice la intervención de EE UU en África.

En el mundo posterior a la Guerra Fría y a la elección de Mandela, la tendencia dominante parece ser la marginación de las preocupaciones africanas. Esta falta de interés por el continente negro está relacionada con el lugar que ocupa África en la economía política mundial. Los países africanos ocupan, por término medio, una posición desproporcionadamente más baja que otras regiones en las estadísticas de desarrollo. De los 48 países que figuran en la categoría de “Desarrollo humano bajo” de la ONU, 37 son africanos.

La marginación de África también está relacionada con las políticas raciales de EE UU. Los estereotipos y la ignorancia habituales sobre cuestiones internacionales se superponen a los poderosos tópicos raciales. Los tópicos sobre “odios ancestrales”, cuando se aplican a África, se transforman en estereotipos sobre “ancestrales odios tribales”, que llevan aparejadas connotaciones especialmente equívocas sobre “primitivismo”.

Las horribles imágenes sobre los desastres de África se asimilan a un cuadro simplista de caos. Si bien suele reconocerse el valor de Suráfrica como mercado emergente y a Egipto se le concede importancia por su papel estratégico en Oriente Próximo, el resto del continente queda bajo la etiqueta de “trabajo social”, como lo denomina el profesor Michael Mandelbaum en un ensayo publicado en *Foreign Affairs*, es decir, “candidato a recibir ayuda de emergencia”.

La política exterior hacia África no podrá enfocarse adecuadamente desde ningún sector del espectro político hasta que el debate sobre la ayuda no tenga en cuenta el papel que desempeña la cuestión racial en las desigualdades existentes en EE UU, tanto en el plano nacional como internacional. Sigue siendo cierto que África es invisible, incluso para el “público interesado” en política internacional.

El principal requisito para elaborar una nueva política estadounidense en Áfri-

ca es hacer que el continente se vuelva visible. Como señaló el analista Salih Booker, del Consejo de Relaciones Exteriores: “Se está produciendo un renacimiento africano que en gran medida es invisible para el público norteamericano y para la comunidad internacional en general”. Pese a los múltiples errores del orden poscolonial en África, esa época ha producido una nueva generación, la primera que se ha beneficiado significativamente del crecimiento y la educación posterior a la independencia. Esa generación es consciente de los fallos tanto del orden global como de las élites africanas.

En muchos aspectos, África está enfrentando ahora los desafíos de una “segunda independencia”. Este término, acuñado en la década de los sesenta por los revolucionarios de Congo (posteriormente Zaire y ahora República Democrática del Congo), expresa la convicción de que la independencia política del colonialismo sólo sirvió para reemplazar a una élite por otra, pero fracasó en dar respuesta a las necesidades de libertad económica y política de los pueblos africanos. La política de EE UU debe basarse en el reconocimiento de que los africanos –desde la sociedad civil hasta ciertos gobiernos y algunas instituciones regionales– están asumiendo ahora ese desafío. El número de personas y organizaciones que participan en iniciativas por la democracia, los derechos humanos y el desarrollo, en casi todos los países africanos, es mayor que nunca.

En muchos de estos temas, la comunidad internacional aparece inevitablemente involucrada, ya sea en las apelaciones a Naciones Unidas para que lance operaciones de mantenimiento de la paz, o en las peticiones de reforma de las instituciones financieras internacionales o en la toma de decisiones sobre las relaciones bilaterales. Y en muchas ocasiones, la respuesta internacional puede ser determinante para cambiar las cosas.

Por su parte, EE UU, por omisión o por participación activa, tiene mucho que ver con la voluntad política y moral y con el contenido político de la respuesta internacional. Parte de este artículo analiza sólo algunos de los aspectos necesarios para rediseñar una política estadounidense hacia África en el futuro. Dado que existe una gran incertidumbre sobre cómo enfocar los complejos problemas políticos y económicos de la región, no es posible ofrecer una respuesta sencilla. Sin embargo, hay un fuerte consenso en muchos puntos, como en el rechazo a las políticas que defienden a ultranza la “magia” de los mercados liberalizados o las que son indiferentes al genocidio. Aunque todavía no se han puesto en marcha todas las propuestas adecuadas para el desarrollo de una política estadounidense más responsable en África, hay coincidencia en que los políticos de Washington deben escuchar a diversas voces, tanto en EE UU como en el continente africano, para garantizar que la política estadounidense responda a los intereses de las mayorías más que a los de las élites de ambos lados.

Seguridad, resolución de conflictos y ayuda humanitaria

África sigue siendo erróneamente percibida como un país, más que como un continente muy diverso, compuesto por más de 50 países diferentes y tres veces mayor que Estados Unidos. Pese a sus múltiples problemas, la mayoría de esos Estados atraviesa ahora por un periodo de paz. Tras haber experimentado conflictos extre-

En muchos aspectos, África está enfrentando ahora los desafíos de una “segunda independencia”.

Una de las cuestiones fundamentales en las intervenciones internacionales es quién debe asumir la responsabilidad de responder a los conflictos.

madamente destructivos durante las décadas de los setenta y los ochenta, países como Sudáfrica, Namibia, Zimbabue, Mozambique, Etiopía, Eritrea y Uganda, están lidiando ahora con las dificultades propias de la etapa posterior a los conflictos, y no con los conflictos propiamente dichos. Otros, como Tanzania, Kenia, Botswana, Camerún, Ghana, Costa de Marfil, Senegal, Benin y Túnez, sólo por nombrar algunos, han evitado guerras internas en el periodo poscolonial, pese a que han sufrido conflictos a pequeña escala y el impacto transfronterizo del flujo de refugiados procedentes de países limítrofes.

Sin embargo, la presencia de conflictos a gran escala en bastantes países y la ausencia de unas condiciones mínimas de seguridad para los ciudadanos en muchos otros Estados africanos ponen en peligro no sólo la imagen del continente, sino también su futuro. Ni la democracia ni el desarrollo pueden avanzar si los ciudadanos están a merced de guerrilleros descontrolados. Frente a la política de no interferencia en los asuntos internos de los Estados miembros, desarrollada por la Organización para la Unidad Africana (OUA) desde la década de los sesenta, hoy está surgiendo una nueva posición. Según esta nueva perspectiva, África debe responder a los conflictos internos porque sus consecuencias, a menudo, traspasan las fronteras para afectar a los países vecinos y al continente en su conjunto. La violencia genocida es, en teoría, —si aún no en la práctica— una preocupación que afecta a todo el género humano.

Sin embargo, la comunidad internacional (tanto en el caso de África como en el resto del mundo) a menudo carece de la voluntad política para reaccionar. Cuando los gobiernos y la organizaciones no gubernamentales se movilizan para responder a una crisis, los márgenes de responsabilidad son vagos o se ignoran y, en consecuencia, el objetivo de las misiones suele fracasar. Una de las cuestiones fundamentales en las intervenciones internacionales es quién debe asumir la responsabilidad de responder a los conflictos. Cuando un país sufre una crisis, los Estados vecinos suelen ser los que se involucran más seriamente. Las instituciones regionales y continentales de África han venido adoptando un papel cada vez más activo en las crisis, una tendencia que debería fomentarse. Pero la escala de los recursos logísticos, militares y de infraestructura que son necesarios para responder a una crisis implica que la comunidad internacional debe también ofrecer su ayuda.

Es evidente que Naciones Unidas y otras agencias humanitarias necesitan mejorar su eficacia, su capacidad de gestión y su responsabilidad. Pero la descalificación injustificada e indiscriminada de la ONU se ha convertido en una práctica demasiado habitual en la política estadounidense, pese a que la opinión pública sigue teniendo una visión mucho más positiva de la organización que la sostenida por los políticos. El gobierno de Clinton también ha utilizado a la institución como chivo expiatorio de su propio fracaso en la intervención militar en Somalia. Las propuestas de reforma de Naciones Unidas normalmente son un eufemismo para hablar de recortes, esto es, están pensadas para reducir costes más que para aumentar la capacidad de respuesta eficaz de la ONU a crisis como el genocidio ruandés de 1994 y las amenazas de violencia genocida registradas en Burundi a finales de 1996.

La cuestión de quién debe intervenir, cuándo, dónde y bajo qué directrices, es enormemente controvertida. No existe una intervención auténticamente neutral,

puramente humanitaria, incluso cuando ésta se circunscriba a suministrar alimentos a los refugiados. Incluso los recursos no militares pueden acabar sirviendo para fortalecer a una facción militar en detrimento de otra. Pero los “cascos azules” de la ONU, o cualquier otra fuerza externa, no tienen directrices claras para distinguir a los “buenos” de los “malos”, como ocurría en las películas del oeste.

Esta es una cuestión grave cuando la participación internacional consiste en las tradicionales misiones “neutrales” de mantenimiento de la paz. El dilema se agudiza cuando no existe un acuerdo mínimo entre las facciones armadas locales (como ocurrió en Liberia y Somalia) o cuando a la fuerza internacional se le pide que intervenga para evitar abusos masivos de los derechos humanos o para detener un genocidio. Existe un miedo legítimo a que, cualquiera que sea el grado de emergencia humanitaria, las tropas extranjeras acaben metiendo la pata. No obstante, hay casos extremos —el más claro fue el genocidio ruandés de 1994— en los que una intervención a tiempo podría haber salvado cientos de miles de vidas. Sin embargo, la comunidad internacional se mantuvo al margen hasta que más de un millón de personas fueron asesinadas, y sólo se decidió intervenir más tarde, proporcionando ayuda a los refugiados, una ayuda que irónicamente acabó sirviendo para mantener a las fuerzas militares responsables del genocidio.

Dada la trayectoria de las intervenciones de Estados Unidos, muchas personas mantienen un escepticismo justificado sobre la participación de tropas estadounidenses en un conflicto o su envío como apoyo logístico a una crisis. Pero en términos prácticos, cualesquiera que sean las nacionalidades de los soldados, estando ya sea bajo el mando de Naciones Unidas o bien de una organización africana, sólo Estados Unidos posee la capacidad logística y aérea para movilizar tropas a la velocidad y distancia que requieren tales operaciones. Dadas estas capacidades, EE UU tiene la obligación de suministrar más recursos a los esfuerzos africanos de mantenimiento de la paz y resolución de conflictos. En pocas palabras, EE UU debe pagar lo que le corresponde, en sentido literal y figurado.

Actualmente, el mayor contingente de “cascos azules” en África está en Angola, donde el acuerdo de paz firmado a finales de 1994 se ha visto amenazado por sucesivos retrasos en su cumplimiento. Angola se enfrenta al riesgo de un resurgimiento de la guerra o de una prolongación indefinida del punto muerto actual, con dos ejércitos separados y escasas garantías de seguridad para los civiles. En Liberia, las tropas regionales de mantenimiento de la paz de África Occidental son la fuerza clave sobre el terreno, pero sus posibilidades de hacer aplicar los últimos acuerdos dependen de que reciban más apoyo exterior. Las políticas practicadas por Estados Unidos durante la Guerra Fría fueron una de las principales causas del conflicto y la destrucción padecidos por Angola y Liberia. Washington se ha comprometido en el apoyo a los acuerdos de paz en ambos países, pero en momentos críticos no ha presionado lo suficiente a las fuerzas que han violado esos acuerdos.

Toda la región de África Central es una zona de enorme inseguridad: la violencia étnica en Burundi, la continuas crisis humanitarias y la amenaza de nueva violencia en Zaire, la explosiva combinación de los retornados y los genocidas en Ruanda. Una política que desea lo mejor pero que recorta la capacidad de la respuesta internacional es una receta para el desastre.

Democratización y Derechos Humanos

El apoyo a la democratización y a los derechos humanos es, en principio, uno de los pilares de la política de Estados Unidos para África. La presión contra los regímenes abusivos, el apoyo a las elecciones democráticas o el envío de ayuda a una amplia variedad de grupos en la sociedad civil africana son figuras habituales en la lista de instrumentos políticos de Washington. Sin embargo, pese a un relativo consenso en este marco general de acción, hay serias preocupaciones sobre cómo se desarrolla en la práctica la política de EE UU hacia el continente.

Probablemente, la cuestión más preocupante, sea la constante inercia respecto al abuso de los derechos humanos. Los derechos humanos siempre reciben palabras de alabanza, pero, en la práctica, suelen quedar arrinconados ante la preeminencia de los acuerdos económicos y de la resolución de conflictos a corto plazo. Es evidente que las críticas a gran escala, y en extremo, las sanciones, no son apropiadas en todos los casos. Sin embargo, en muchas ocasiones, la respuesta de Estados Unidos ha sido excesivamente débil. Con respecto a Nigeria, Kenia, Zaire, Etiopía y muchos otros países, la respuesta a la represión, la violación a los derechos humanos o la exclusión política de la oposición ha venido siendo muy suave y ha estado acompañada por escasas o ninguna medida. Estados Unidos ha volcado sus energías en ejercer presiones significativas para obtener concesiones económicas antes que para utilizar eficazmente su poder en apoyo de los derechos humanos y la democracia.

En la medida en que Estados Unidos ha participado apoyando la sociedad civil y las fuerzas democráticas a través de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) y de otras agencias bilaterales, aún quedan importantes cuestiones por abordar, tanto de índole cuantitativa como cualitativa. La fuerte presión del congreso de EE UU para recortar los fondos destinados a los proyectos internacionales, ha hecho que numerosas iniciativas prometedoras —entre otras, de apoyo estadounidense a proyectos multilaterales— hayan sido descartadas por razones presupuestarias. Sólo por dar algunos ejemplos, los programas para la supervisión de los derechos humanos en situaciones de conflicto así como el Tribunal Internacional para el Genocidio han sufrido las limitaciones impuestas por la falta de fondos y personal suficiente.

Las voces más críticas sostienen que, en muchas ocasiones, los programas estadounidenses resultan inapropiados porque favorecen la transferencia acrítica de los puntos de vista de EE UU a otras sociedades, priorizan las formalidades de los diferentes sistemas electorales descuidando la importancia de la participación verdaderamente democrática e ignoran el potencial de establecer un diálogo con los propios africanos sobre la creación de instituciones democráticas adecuadas para cada país. En un momento en el que el Banco Mundial y otras instituciones multilaterales se están dando cuenta de la necesidad de escuchar a las voces críticas de las bases, Estados Unidos aún concede pocas oportunidades a los supuestos beneficiarios de sus proyectos para que debatan con los políticos el desarrollo y los resultados de los programas bilaterales.

En todas estas cuestiones, el consenso sólo se alcanza fácilmente en la adopción de medidas punitivas contra regímenes abusivos por parte de los defen-

sores de los derechos humanos. El ejemplo más claro es la adopción de sanciones contra el régimen militar nigeriano. Pero hay muchos otros casos (Kenia, Etiopía, Zambia, Camerún, etc.) en los que las fuerzas democráticas africanas quieren que EE UU utilice métodos de presión más eficaces contra las violaciones de los derechos humanos. El gobierno de Washington es crítico con Sudán, pero esas críticas están dirigidas a enfatizar el apoyo del régimen de Jartum al terrorismo internacional e ignoran las enormes violaciones de derechos humanos practicadas por el gobierno sudanés sobre la población y la represión de las fuerzas opositoras en el interior del país.

La cuestión del apoyo financiero que presta EE UU a las iniciativas en favor de los derechos humanos y la democracia, a través de AID y otras agencias, es aún más polémica. Washington, que respaldó a antiguos regímenes no democráticos, tiene ahora la obligación de prestar ayuda. Pero la larga historia de manipulación de esa ayuda para los fines marcados por la Guerra Fría, así como el paternalismo y la falta de sensibilidad constantes hacia la opinión local –incluso en las iniciativas bien intencionadas de Washington– son antecedentes que obligan a mantener cierta cautela. Sin embargo, no es muy probable que un purismo ideológico en este aspecto sirva para ayudar a las fuerzas democráticas en muchos países africanos. Como en el caso de la ayuda al desarrollo, los programas de apoyo a la democratización y a proyectos de fortalecimiento de la sociedad civil no deben plantearse en términos de simple aceptación o rechazo. Por el contrario, deben debatirse para adoptar decisiones consensuadas sobre los términos, las directrices, las condiciones, la supervisión y la responsabilidad de tales programas.

Desarrollo sostenible e igualdad social

Es compleja la cuestión acerca de qué políticas son más eficaces para promover un desarrollo sostenible que beneficie a la mayoría de los pueblos de África. No hay fórmulas mágicas que garanticen el éxito. La política de EE UU debería integrar distintos elementos, en lugar de situar el desarrollo sostenible y las iniciativas del sector privado en polos opuestos, como alternativas excluyentes. El objetivo debería ser el desarrollo sostenible, entendiendo por ello el desarrollo económico, la igualdad social y la protección del medio ambiente, cuyos bienes servirán para mantener abiertas las opciones de las generaciones futuras. A medida que África avance hacia ese objetivo, también crecerá el potencial para crear lazos que beneficien mutuamente a EE UU y África.

Las políticas de comercio y ayuda deben ser entendidas como complementarias, más que como opciones excluyentes aplicadas a distintos grupos de países. Las promesas estadounidenses en el sentido de aumentar el comercio y la inversión en África aún no se han materializado, pero sus posibilidades de crecimiento son enormes. No obstante, para poder desarrollar este potencial y garantizar que sus beneficios alcancen a los ciudadanos de África y EE UU, es preciso realizar inversiones continuas en recursos humanos e infraestructura y ser conscientes de que las compensaciones sólo llegarán pasado un tiempo.

En los debates sobre ayuda y, en particular, sobre los lazos económicos de EE UU con África, se suele plantear el tema de la cantidad de recursos que se

*Las políticas
de comercio y
ayuda deben
ser
entendidas
como
complementarias.*

*Las
asociaciones
de mujeres
están
creciendo en
África,
lanzando una
amplia serie
de iniciativas.*

dedican al desarrollo. Algunos observadores cuestionan que ciertos programas sirvan para alcanzar los objetivos del desarrollo y opinan que pueden, incluso, minar esos objetivos al tiempo que malgastan el dinero de los contribuyentes. Es necesario realizar evaluaciones de esos programas basándose en sus resultados, independientemente de si los proyectos los realizan agencias gubernamentales, el sector privado o el voluntariado. Por último, también surgen dudas –incluso cuando los programas de asistencia resultan beneficiosos– cuando se utilizan para ejercer presiones destinadas a imponer determinadas políticas económicas que puedan sabotear el desarrollo a largo plazo.

Los grupos africanos defensores de los derechos humanos se oponen a los recortes de los programas de ayuda al desarrollo. Aunque reconocen que muchos de estos proyectos pueden no resultar útiles y que la ayuda se emplea a veces para imponer políticas de ajuste estructural inadecuadas, tales grupos han unido sus voces a las de la iglesia y a las agrupaciones en favor del desarrollo, para rechazar los recortes planteados en el congreso de EE UU. Opinan que las inversiones en desarrollo sostenible, tanto mediante programas bilaterales como multilaterales, deben mantenerse, mejorarse y desligarse de su aplicación en condiciones inapropiadas.

La eficacia del comercio y la ayuda también mejorarían significativamente haciendo más adecuadas las medidas destinadas a combatir el grave problema de la deuda de los países africanos. La condonación de la deuda es urgente y merecida en el caso de los países africanos seriamente comprometidos con el desarrollo y la erradicación de la pobreza.

Definir y modificar las relaciones entre los sexos

Tras la Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, celebrada en Pekín en 1995, hay un creciente consenso acerca de que la solución para la serie de problemas africanos que hemos citado anteriormente depende en gran medida de la incorporación de la mujer a los distintas facetas de la vida de un país. Las mujeres y los niños son, en gran medida, las víctimas de la guerra y los desplazamientos. Las voces de las mujeres suelen ser las que hablan con más elocuencia y coherencia sobre la necesidad de paz. El respaldo al minifundio y a la producción alimentaria de subsistencia, así como a las pequeñas empresas y a las estrategias de supervivencia viables en las extensas ciudades africanas, debe implicar en la práctica un apoyo a las mujeres, que son mayoría en estos sectores. En la promoción de los derechos humanos, la igualdad y la participación política, también hay que proteger los derechos de la mujer, e incluir la protección frente a la violencia sexual y doméstica. El presidente del Banco Mundial, James Wolfenson, ha unido su voz a la de otros defensores de las mujeres, al señalar que la inversión en la educación de las niñas es una de las ayudas al desarrollo más rentables que puede realizar un país o una institución internacional.

Las asociaciones de mujeres están creciendo en África, lanzando una amplia serie de iniciativas. Pero se enfrentan a muchas dificultades, entre ellas la falta de capacidad organizativa, los prejuicios y la ausencia de apoyo por parte de sus gobiernos. Muchas de las iniciativas destinadas a fomentar los derechos de la

mujer proceden de la instituciones multilaterales, en concreto, de las agencias especializadas de la ONU, que sufren graves problemas presupuestarios, debidos en gran medida a los recortes realizados por EE UU. El congreso estadounidense ha restringido el apoyo del gobierno a los programas bilaterales y multilaterales de planificación familiar, que son cruciales para la salud de la mujer. Los derechos de la mujer deben integrarse no sólo en los programas de asistencia económica y para el desarrollo, sino también en la lista de derechos humanos que deben influir en las relaciones entre EE UU y los países de África.

En resumen

La respuesta que EE UU tenga en África será un indicador crucial de sus políticas de seguridad global e interior, de derechos humanos y de igualdad social. Del mismo modo que hay que tener en cuenta el papel desempeñado por el factor racial en EE UU, no es posible afrontar cuestiones de igualdad global sin prestar atención a la forma en que la opresión racial ha afectado a la política internacional de EE UU. Los criterios elegidos para distribuir los recursos y las prioridades políticas reflejarán la elección entre un modelo neodarwinista del mundo, basado en la división entre ganadores y perdedores, y una visión de la comunidad internacional por la que EE UU se convierte en un participante generoso y responsable. La participación estadounidense, no como policía del mundo o donante, sino como un miembro más de la comunidad global que tiene responsabilidades proporcionales a sus recursos, es un imperativo moral y de interés nacional.

INFORME SOBRE ÁFRICA DE KOFI ANNAN

“Durante demasiado tiempo, el conflicto en África se ha visto como algo inevitable o insoluble o incluso ambos”. Con estas palabras, Kofi Annan, Secretario General de Naciones Unidas presentó en abril de 1998 el informe solicitado por el Consejo de Seguridad.

En el informe, el líder de la ONU propuso un conjunto de medidas a largo plazo tendientes a reducir las tensiones políticas y la violencia tanto en el plano interno de cada estado del continente, como entre los diferentes estados. “Los conflictos en África, como en todo el mundo, son producidos por la acción del hombre, y es también ésta la que puede ponerles fin. Esta es la realidad que encubre cada conflicto que permitimos que continúe”, añadió el Secretario General.

“Al no advertir tragedias humanas tan grandes como las acontecidas en Ruanda, Liberia o Somalia, los líderes africanos, la comunidad internacional y la ONU han fallado a los pueblos de África”. De esta manera Kofi Annan hace un llamamiento a todo el mundo para “convocar la voluntad política” que produzca un giro positivo en África.

Según el Secretario General el continente africano debe mirar hacia sí mismo, dada la situación de búsqueda de la paz que en él se vive. Sin embargo, los esfuerzos que está realizando África necesitan el apoyo político y económico internacional, que debe incrementarse considerablemente para reducir la enorme deuda y hacer el mercado más accesible a los productos africanos.

El Secretario General señaló que desde 1970 se han librado más de 30 guerras en África, la mayoría de ellas internas. En 1996 solamente, 14 países africanos estaban en conflicto, contándose en 8 millones el número de refugiados, desplazados y repatriados. “Nadie, ni siquiera la ONU, la comunidad internacional o los líderes africanos, puede escapar a la responsabilidad que supone la persistencia de estos conflictos”.

Por otro lado, el líder de la ONU dijo que los africanos deben demostrar el sentido político para evitar que den soluciones militares a problemas de carácter político. África debe asumir que necesita un buen gobierno, que asegure el respeto por los derechos humanos y por la ley, reforzando los procesos de democratización. Kofi Annan añadió que para lograr resultados de larga duración sólo es posible que éstos sean producidos por los propios gobiernos africanos.

En relación con la persistente situación de pobreza en el continente, el Secretario General dijo que “la eliminación de la pobreza debe ser la primera intención de todos nuestros esfuerzos”. Concluyó diciendo que “por encima de todos nuestros deseos, este informe marcará un nuevo principio en las relaciones entre las Naciones Unidas y África”.

Extracto de una nota de prensa del Centro de Información de las Naciones Unidas para España, semana del 10 al 16 de abril de 1998.

Para tener acceso al informe:
Centro de Información de la ONU en Madrid
Teléfono: 91-5558142

UN Organization: <http://www.unsystem.org>